



2407

LOS KALMUCOS DELANTE DE SU TIENDA.

(VOLUTO DE LAS ORACIONES)

Los kalmucos sometidos á las leyes rusas no tienen mas que una sombra de independencia: su comité de administración, sito en Astrakán, tiene una autoridad sumamente limitada; los *prístofs*, superintendentes rusos adheridos á los campamentos en que se dividen las *bulousses* ó hordas, velan por que la soberanía real de San Petersburgo no sufra menoscabo alguno.

El territorio de la Kalmuca es de muy poca estension, y está situado en la orilla izquierda del Volga. Este rio se estiende de N. á E., como el Kouma en el Mediodía y el Egorik en el O. El número de hectáreas de tierra ocupadas por los kalmucos, en el gobierno de Astrakan y en el del Cáucaso, es de 10,297,387.

La principal ocupación de los kalmucos, tribu nómada, es la cria de ganados.

La nación está dividida en tres clases: los *uoss blancos* ó nobles, los *uoss negros* ó villanos, y entre los dos, los sacerdotes que salen de la una y de la otra clase.

El que ve un kalmuco, ve todos. Cabellos negros reunidos en una sola mata que cae sobre la espalda; ojos oblicuos y pequeños de vista penetrante, cejas negras y ralas, nariz aplastada hácia la frente, pómulos salientes, orejas exornadas, labios gruesos, barba clara, pequeños bigotes, color amarillento, estatura pequeña y esbelta; tales son los caracteres distintivos de la raza.

El alimento de los kalmucos es muy poco delicado: carne de caballo cocida, leche, lá (mezclan las hojas de esta planta con cerveza, sal, y leche; esta mezcla tiene el color amarillento-rojo sucio); hé aquí toda su comida. Por todo lojo suelen añadir una especie de aguardiente que sacan de la leche de yegua ó de vaca.

Las habitaciones tienen la misma construcción que en tiempo de Heródoto; se reducen á unas tiendas de fieltro de forma circular, que tienen testuzos con un techo de figura de cono abierto en su parte superior para dar salida al humo. Dos camellos bastan para trasportar una tienda que abriga toda una familia y sus muebles, armas, odres, tapices, utensilios, provisiones, etc.

La fabricación de fieltros grises y blancos es el principal elemento de la industria kalmuca.

Los kalmucos, como la mayor parte de los pueblos pertenecientes á la raza mongola, son lamitas, es decir, que su religion es una secta del budismo. Creen en un ser supremo, que no debe representarse por imágenes ó estatuas. Los ídolos de sus divinidades secundarias están generalmente representados por figuras de mujer.

Sus sacerdotes se dividen en cuatro clases: los *baclaces* ó grandes sacerdotes, los *ghalungs* ó sacerdotes ordinarios, los *gwatzuls* ó diáconos, y los *maudschis* ó músicos: el jefe supremo de la secta es el *dalai-lama* del Tibet.

Los kalmucos oran en familia cantando una especie de himnos: se sirven tambien de una especie de rosario, ó sea un tambor cilindrico cubierto de caracteres mitológicos que encierra los libros sagrados y al que los viajeros han puesto el nombre de *molino de las oraciones*.

LA CISTERNA DE LAS MIL Y UNA COLUMNAS.

Sobre las costas del mar Negro, en medio de las ramificaciones de los bosques del gran Balcan, se halla una región regada por frecuentes lluvias que dan origen á abundantes manantiales, que á cada paso forman pequeños depósitos por las desigualdades del terreno. En todos aquellos puntos en donde han podido reunirse muchos manantiales nacen pequeños rios, los cuales han sido estancados después por medio de elevaciones artificiales del suelo, y estos trabajos han producido unos lagos de forma irregular, al nivel de las colinas de Constantinopla. Los emperadores griegos cuidaban de estos depósitos, llamados *hidrales*, con particular esmero: sus diques estaban cubiertos de mármol, adornados con esculturas, y contenian inscripciones de los

suberanos que los mandaron construir. Estos depósitos eran tan necesarios á la ciudad, que se publicaron varios edictos para su construcción, y entre otras disposiciones penales estaba la de satisfacer una onza de oro todo aquel que quitara una onza de agua.

Como este líquido es un objeto tan precioso para los turcos, dichos depósitos están guardados con mas cuidado y vigilancia que nunca. Los musulmanes les dan el nombre de Beudót, y han aumentado el número de ellos. Uno de los mas grandes y magníficos es el llamado Ben-Valadi, y fué construido por Valadi, madre del sultan actual.

El agua va desde estos depósitos á la capital, distante quince millas, por medio de conductos de barro cilíndricos, unidos los unos á los otros á la manera que se acostumbra en los pueblos de Andalucía. Los barrancos que cortan el terreno están cubiertos de acueductos, y algunas de estas obras tienen grandes dimensiones, y se ven atrevidamente suspendidas sobre profundos valles: en varios puntos y siguiendo la costumbre de los árabes, están blanqueados formando desde lejos un hermoso golpe de vista, contrastando con los sombríos bosques que dominan. Uno de ellos cierra la decoración que ofrece el valle de Buyukderé, y á los ojos de los viajeros que atraviesan el Bósforo, aparece como las fortificaciones de una gran ciudad que se eleva en el horizonte.

Otros hay de construcción mas singular; son unos pilares hidráulicos aislados y colocados en largas hileras, que semejan torres de vigía. El agua, obedeciendo á las leyes de su gravedad y expansión, sube por un lado, reposa algunos momentos en un depósito cuadrado, y baja por el otro, para repetir en un pilar próximo igual movimiento de ascenso y descenso. Este sistema que los turcos deben á los árabes, no ocasiona tales gastos como los acueductos ordinarios, y tiene el mismo objeto. De este modo el agua atraviesa los valles, las montañas y llega hasta los magníficos aljibes de la ciudad. Pero todavía en ella encuentra un terreno bastante irregular que recorre, siete montañas que escalar y siete valles que atravesar. Habíase construido antiguamente otros acueductos, que han sido destruidos por los historiadores de Bizancio con todo el énfasis de una estrémada admiración: mas solo queda, resto de su antiguo esplendor, el acueducto de Valans que corre de colina en colina y se presenta en todas direcciones, y acerca del cual se refiere un acontecimiento notable. En las murallas de Calcedonia dice haberse encontrado una piedra con esta misteriosa inscripción: «Los muros de la ciudad trasportarán el agua á Constantinopla:» este oráculo, cuyo sentido no pudo comprenderse, fué despreciado; pero al cabo de poco tiempo Calcedonia incurrió en la cólera del emperador, sus murallas fueron destruidas, y los materiales trasportados á Constantinopla, se emplearon en varios monumentos, y entre otros, en la construcción del acueducto de Valans.

Por medio de este acueducto se trasportaban las aguas á diferentes cisternas, las unas visibles, las otras subterráneas. Mas las descubiertas se encontraban sujetas á un singular inconveniente. La ciudad y alrededores de Constantinopla encerraban un prodigioso número de ciguñas: se dice que estas animales arrachaban las serpientes, se remontan con ellas, y las dejan caer en el agua; y cuéntase que para remediar este mal se construyó por un mago una columna sobre la que se colocaron tres ciguñas, con cuyo talisman se consiguió espantar aquellos animales de la ciudad, evitando el perjuicio que en las aguas causaban.

Estas cisternas fueron convertidas en jardines. En el día solo han quedado dos de ellas cubiertas: la una es la de Fexo-Baton-Seri (palacio subterráneo) que todavía está llena de agua. Una galería abovedada, sostenida por 556 columnas de mármol, conduce á este lago subterráneo. La memoria de semejante monumento estuvo perdida durante muchos años; los turcos no supieron encontrarle cuando la toma de Constantinopla, y solo se descubrió después de trececientos años de aquel acontecimiento. Parte de sus muros se hallan arruinados en el día, y la luz penetra en él de tal modo que puede examinarse en toda su estension. En una de sus columnas se encuentra amarrado un loro, en donde pueden embarcarse los curiosos; y los turcos cuentan multitud de historias maravillosas sobre la fatal muerte de los imprudentes que han intentado hacer este viaje.

En cuanto á la segunda cisterna, hace mucho tiempo que no sirve de depósito, y se estanda por debajo de una plaza contigua al Atmeidan. Algunos armenios y judíos han establecido en ella una manufactura de sederes. Los turcos han dado á este notable subterráneo el nombre de Ben-Riv-Dereck, es decir, de las mil y una columnas: en la actualidad no tiene mas que doscientas doce, de las cuales solo se conservan los troncos con sus capiteles, los basamentos han desaparecido con la subida que en el terreno han producido los terremotos.

La superficie de esta cisterna es de 20,000 pies cuadrados, y podría contener 1,357,000 pies cúbicos de agua, cantidad suficiente

para sufragar á las necesidades de la poblacion de Constantinopla por espacio de quince dias.

Las columnas de esta cisterna estan adornadas de monogramas profundamente grabados en los troncos y en los capiteles. Estas inscripciones son copias de jeroglíficos tan difíciles de descifrar como las de los obeliscos egipcios; la una de ellas presenta en caracteres griegos las iniciales de las palabras Enges Philoxeni; y en efecto esta cisterna estaba reservada bajo el imperio griego para el uso de todos los extranjeros, de donde tomó el nombre de Philoxeni.

LA CALLE.

Hay gentes que por gusto, y de ningún modo por necesidad, apetecon y buscan las puntas de cigarrillos. Respeto todos los caprichos; lamento este, pero conozco otros mas nocivos. Hay gentes, por ejemplo, á quienes solo agradan las callejuelas: no los fabricis de la calle de Rivoli ni de los Mafreones, porque esto es largo y estenso y va de un punto á otro: este no es su negocio. Una calle corta como la línea que atraviesa el H... hé aqui su tipo en materia de vias. Ahora bien: tened buenos caballos con semejante sistema. Los tendreis tal vez, pero para perderlos en algunos meses de ejercicio.

Un veterinario amigo mio no teme (es un hombre particular), no teme digo, atribuir á la multiplicidad de todas las callejuelas del viejo Paris la multiplicidad de nuestros rocines.

Yo poseo, me decía, un buen trotón: gracias á él, atropellé la puerta de muchos establecimientos respetables, una de ellas la del Crédito público. En esta ocasión dejaba el boulevard y seguí la calle de Rougemont que naturalmente va en declive; en tres tiempos fui á dar con la raja de la caja de descuento. Para evitar la desgracia, me hubiera sido necesario abreviar, volver de repente, y arruinar las piernas de mi generoso animal. Preferí pagar el daño á estrópear mi caballo, que quedé embargado hasta satisfacer la noxa.

Otra vez me ví en la dura necesidad de cometer un delito de la mayor gravedad, gracias al rápido paso de mi bestia. Dejaba el desembarcadero del camino de O. E.; seguí la callejuela de Renoes y la de Regard, que es su continuación, y que naturalmente está pendiente: mi caballo en dos tiempos, como la carga, se entró en la prisión militar de la calle de Cherche-Midi. Regresaba yo de Múas; pero todo esto no era presunción suficiente para que se creyese que quería dar libertad á los detenidos, y se me declaró inocente. Si sé me hubiera consultado á mí no hubiera usado de la misma indulgencia con la casualidad que ha hecho de un desembarcadero el frente de una prisión. Cuestión de trote, de paso, de pendiente rápida, dirán: no señor, yo encuentro doloroso este contraste bajo el punto de vista del sentimiento.

— ¡El sentimiento! Bah! ¿queréis hacernos reír? En materia de pequeñas ó grandes vias el sentimiento!

— Pero, mi buen amigo, el sentimiento es como si dijésemos la ideología del corazón, y es verdad que no está á la moda la ideología.

— ¡Oh no!

— ¿Y bien, entonces?

— Entonces, con perdón vuestro, nada conozco que recuerde la independencia y la libertad. Y si me es licito expresarme así, el espacio en fin, como las avenidas de un camino de hierro; y nada sé que recuerde la nada de la dignidad humana como el muro y la entrada de una prisión.

— Sea; pero volvamos á nuestro objeto; bajemos á la calle.

— Pues bien! he leído en un autor antiguo las siguientes reflexiones:

«La calle es un lugar público donde nadie tiene derecho á estacionarse; id á vuestros negocios; pero si tenéis que hablar, deteneos solamente en la plaza.»

La calle es para los que van y vienen, y no para los noticieros. Si os paseáis, no debe aperturarse de ello el transenne, porque debéis andar con el paso ordinario y habitual de las gentes ocupadas. Para los paseantes estan los paseos.

El hombre que pasa el tiempo en la calle está tan fuera de su lugar y estorba tanto en ella, como el que lleva un paquete y trabajos científicos á un jardín.»

Mi viejo autor era un poco atrabillado sin duda; pero sin embargo, he notado su exactitud; hay tan pocas personas que sepán andar por la calle como que sepán leer en un lugar público. ¿Habéis entrado alguna vez en algun gabinete de lectura? Todos allí deberían tener la obligacion de leer pronto; pues bien; un número de individuos casi igual al número de periódicos interesantes que hay que leer, se instala allí, apoderándose todos de su asiento, colocan sus anteojos sobre la nariz, hunden su barba en la corbata, y la corbata en el cuello de su traje, y comienzan á deletrear los periódicos políticos y literarios. Tienen para tres horas, término medio. Existe una asociación secreta entre

todos estos individuos, y se tropiezan los periódicos, y no dejan al verdadero lector más que las recopilaciones semanales ó los pequeños diarios de avisos.

Fenómeno igualmente desagradable pasa en la calle. Los lavanderos y los aguadores son los principales agentes de El. Hé aquí lo que sucede con más frecuencia cuando una calle es estrecha: el lavandero detiene su carruaje á la derecha, en el número 10 por ejemplo; el aguador deja su cuba á la izquierda en el número 5.

El lavandero y el aguador no se han entendido para alto. ¡Oh, no! El hombre de la limpieza y el aubereño tienen generalmente una delicadeza y una inocencia que no son á propósito para tramar complots. Sin embargo, no siempre les incomoda el resultado de sus maniobras respectivas. Cuando un cochero novicio no se atreve á internarse en el estrecho espacio permitido á su mirada, á su destreza y á la docilidad de su caballo, es una broma; cuando aguarda un equipaje, es una diversión; cuando sobreviene un empujón por entonces... entonces se ve al aguador adelantar lentamente su local algunos pasos, creyendo como un rey que hace una concesión peligrosa; se ve al joven y la joven que se recreaban sobre los sacos de ropa sucia adelantar la cabeza y pronunciar riendo sarcásticamente un *hás* conocido de su caballo; la bestia se mueve entre las varas; pero sin echar á andar hasta que siente el fatigazo que sigue á la voz. Los caballos de Boulogne, de Sevres y las cacerías son cazurros y astutos desde el momento que entran en la ciudad enemiga.

Si generalizar demasiado, declinamos que es soberbio contemplar al carretero francés, que puede ocasionar un caos sin contravenir á las ordenanzas. Sobre su rostro rubicundo se lee: «¡Dios y mi derecho escrito con liturgia!».

El asilo proporciona también otro placer. El conserje y los habitantes de los pisos bajos traen ó bajan sus *poltronas* á la acera, ponen una silla delante de la poltrona, y estirando desde la una á la otra las estradas piernas y los pies que pasan de la acera misma. El placer de respirar es nada para ellos comparado con la felicidad que experimentan al ver las mujeres y los niños rodar del borde de la acera á la calle cuando quieren resaltar la sobredehida acera, á causa del miedo á los carruajes. Recomendaremos este brillante espectáculo á los que puedan evitarlo por ser de su incumbencia. Se podrá, así lo comprendemos, mostrar cierta indulgencia respecto á los habitantes de los sótanos para que vengau á la superficie del globo á hacer algunas particulas de aire respirable.

Resumiendo. Aun no se ha comprendido lo que es la calle, ni se ha practicado. Hay menos calles que portillos, menos transeúntes que vapores, menos fortalezas que obstáculos.

Pero está esto en camino de cambiar, y tal vez cambio.

¡Tal vez!... porque los hombres que pasan por la calle tienen mas bien esta palabra en su cabeza, que cinco sueldos en el bolsillo; porque en este mundo hay mas pobres ambiciosos que verdaderos jullios érrantes.

LA BOLSA Y SU RASTRO.

tres millas alrededor del banco de Londres.

La *city* de Londres, siempre bulliciosa, siempre llena de habitantes, siempre siempre, objeto de admiración para el curioso, de curiosidad para el viajero, de estudio para el economista, teatro de los propios, maravilla para todos, centro de actividad, núcleo del comercio y espacion perpetuo de las conquistas del hombre sobre la naturaleza; la famosa *city* de Londres, con sus calles tortuosas, sus innumerables travestras llenas de largas tiendas, espaciosos almacenes á inmensas fábricas, y con sus infinitos muelles, puentes, diques y estaciones de caminos de hierro, forma una circunferencia del diámetro de tres millas, en cuyo centro están situados los dos grandes templos del materialismo moderno, el Banco y la Bolsa, y cerca de los cuales cruza del N. á S. el nebuloso y sombrío Támesis, resaca del Báltic por sus mareas, del Tajo por sus arenas de oro, y aun del mismo Minotaurus por sus famosas riberas, y parece ocultar su evidencia bajo el espeso velo de mil naves que en sus turbias corrientes sobrepujan.

La *city* de Londres es una poblacion incrustada en medio de una ciudad de dos millones y medio de habitantes, pero diferente de esta por su religion, sus templos, edificios, trajes, dialectos y costumbres.

La *city* es el verdadero Londres, los pies y las manos del Reino Unido, el gran taller de la poblacion, el Banco de la Europa, el mercado del universo, la moderna Babilonia, la Atenas del comercio, el Capitolio de Pluto, la Nava de la religion mercantil, la verdadera cuna del hombre de negocios, Venecia y Génova en su esplendor antiguo y masioso diurno de la teocracia mercantil.

Allí hay dos templos, cuyas cúpulas casi se confunden á la vista: El Banco y la Bolsa. El primero es de ofrenda; el segundo de expiacion. En aquel, la divinidad ciega é infernal se entregó simbolizada por dos idólos: la fibra esteraña y el papel moneda. En este, recibe inmensible y frío el sacrificador y é la víctima. Allí hay una religion fundada por Cain, profesada por los hijos de los hombres, immortalizada por un sectario que hizo una horrible venta al contado en la Judea, y seguida por los habitantes de la nueva tierra de Madian. Los cuadros mitológicos de esta religion representan dos grandes iniquidades de la historia del género humano, que vienen reproduciéndose en la sociedad bajo distintas formas. Hay un género que se vende que no es producto de la industria, y cuyo valor son otros treinta dineros. Todo es vender. Las máquinas, explosiones y hundimientos que diernan al proletariado; el hambre, la desnudez y el trabajo forzado del jornalero, son la vejada de hurro que usó Cain, que al cabo de tantos siglos y transformada por el de las luces, no la conociera la misma hurra que la parió.

Los edificios son otras tantas mezquitas, sinagogas ó oratorios que rodean á la gran Mecca ó Capitolio, en donde reposa su mercader del Señor Pluto, algo endiosado y no poco mohino de oler tanta humareda de incienso como entra por sus narices, y eso que le harieron tragando agusto. Los fieles son verdaderos iconoclastas para el culto del hechurillo de oro; solo tienen un altar en forma de carpeta, y un libro de caja que hace las veces de los Vedas, el Koran y el Talmud.

El traje de la plutocracia es uniforme. Nada llama la atencion, que debe estar siempre fija en los negocios. El habitante de la ciudad forma un tipo del cual pueden tirarse millones de ejemplares, así como el cuadro que ofrece la ciudad viene á ser como el encasamiento del «Figaro.» Visto el día primero de un año, se puede formar idea de lo que será en un siglo.

Con algunas excepciones, el habitante diurno de la *city* es un fenómeno en el reino huminal, porque no participa del dualismo de la especie humana. En él no hay mas alma que lo que se llama el alma del negocio; ni mas espíritu que el mercantil. Todo lo restante se suprime por inútil ó se metaliza.

Si fuera posible inventar máquinas semejantes al hombre, susceptibles de llevar la contaduría mercantil y negociar en la Lonja, se habria dado un paso gigantesco, evitando el trabajo de materializar el espíritu.

El idioma es una especie de dialecto incomprendible á dos pasos mas allá del rastro de la Bolsa. Está compuesto de monosílabos y palabras sinecopadas, sacramentales y técnicas, y la escritura de signos, abreviaciones y jeroglíficos incomprendibles á los profanos. El lenguaje de Londres necesita intérpretes en la ciudad, así como el dialecto de la *city* necesita de un diccionario en Londres.

Las costumbres alrededor del gran Santuario son de todo punto extrañas y maravillosas. El *sans facon* está á la orden del día. El verdadero hombre de negocios es duro de gorra, porque el ser cortés cuesta un sombrero al año. «Es preciso cuidar de los cabellos, porque los brazos ellos mismos se caldan.» Además, está admitido que supla una morisqueta con los labios y una leve inclinacion de cabeza á mas eternas interpelaciones á que es llama buena crianza. Esto es lo único compatible con el trote mercantil ó líamez paso inglés, que va cayendo en desuso, pues hoy el que no corre, rueda. Pararse, en significacion mercantil, es quedar atrás, y por esto el habitante de la *city* va suprimiendo hasta los llamados honores de la mesa.

Es cosa de ver en los alrededores del Banco hombres encasados corriendo como chicos de escuela, con un zoque de pan en la mano y un perril de gallina ó capon en la otra; á este de pié en una pánfueria embautando bizcochillos, y á aquel que sece del báltico de los felidones cuatro lejadillas de jamon, abrigado entre dos vitelas de pan, á que llaman *sandwich*.

La lectura de los periódicos monstruos, de las gacetas mercantiles, revistas y pretes corrientes de los mercados, es el único pasatiempo del verdadero *owente*. En punto á historia, hástale saber que la Fenicia fué un pueblo poderoso por su comercio, que Génova y Venecia florecieron por la misma via, que se formó la liga anatólica para la pesca del atún, que Cristóbal Colon descubrió las Américas, que se formó la famosa compañía de las Indias Occidentales, que en la Australia y California se encuentran lágrimas de Moisés que contienen basta ciento y treinta libras de oro, y que la pizarra contumacia del zúlcato de las Rusias ha cerrado ciertas canalillas y obstruido en parte muchas fuentes de riquezas comerciales.

Resta hablar de cómo toma vida y animacion el rastro de la Bolsa, tan solitario y triste durante la noche, que solo deja oír el peregrino paso del hombre de policia.

Ninguno séñal se advierte al amanecer de que va á transformarse en una Babilonia aquel desierto.

Muy luego comienzan á transitar los carros de los proveedores de concensibles, y en los mas públicos parajes se ven, como en Madrid, Se-

villa y otras muchas ciudades, tiendas económicas portátiles donde el pobre jornalero abriga su estómago con apariencia de café ó aguardiente.

A casa de las nueve de la mañana, los coches de todas clases vienen á depositar pasajeros en las inmediaciones del Banco. La arteria de la *Caupolide*, en donde solo pueden formarse tres líneas de carruajes, presenta á la vista tres inmensos trenes, que caminan á paso de tortuga, fúeta que agravándose la apoplejía, es imposible el movimiento.

Otras líneas de ómnibus desembocan por las calles de *King William*, *Corrhill*, *Princes*, y *Threadneedle*, y á las diez de la mañana han depositado en la *city* cerca de 200,000 peregrinos que visitan diariamente el santuario.

A las doce del día, las calles henchidas de carros conduciendo efectos, ómnibus, cabs, hansomas, tilburys, cabs, broughams, clarences, dog-carts, flys, gigs, y toda suerte de vehiculos, como tambien las grandes masas de población que llenan las aceras, dan una idea del *Forum* de la Roma antigua, y de las inmediaciones de los anfiteatros en los días de las grandes fiestas Olímpicas.

El albitro de las locomotoras que atraviesan por encima de los edificios, encajonadas en oscuras vías, no son nombradas pero si más útiles que la *Apfa* y *Apentna*, mézclase con el piafer de los caballos, y el rechinar de los ejes sobre que voltan millares de ruedas conduciendo los productos de las cinco partes del universo, causando un estrépito tal, que solo pueden entenderse los de garganta de metal y voz de trueno.

El horizonte se cubre por un lado con el velamen y aparejos de los mil buques abrigados en los *diques*, por otro con el humo de las chimeneas de las fábricas; aquí con el de los vapores que zarpan en los innumerables muellecitos del *Támesis*, llevando pasajeros de uno á otro lado de la ciudad, y allí con la espesa niebla ó las opacas nubes, eternas habitadoras de la atmósfera de Inglaterra.

El profano es una *figura de tuptz* entre los actores de esta animada escena, ó mas bien dicho, el caballero de la *Triste figura*. Se le conoce á tiro de ballesta, y sirve en las calles de la ciudad para la realizacion práctica del proverbio *Al prójimo contra una esquina*. Muchas veces va adonde no quisiera ir, á fuerza de codazos y empujones, como en *carrera de baqueta* y *adefina quien te dió*.

Para él no se levanta ni una punta del velo de los misterios: y hollado, zarandeado, quebrantado y molido, aludido por el estruendo, temeroso y barto de coeces, se retira dando al diablo aquella parodia del infierno.

LAS MASCARAS.

Ahora que estamos en Carnaval y que la gente alegre no piensa en mas que en los bailes de máscaras, donde tanta gente por liebre se encuentran en los salones y en el ambigú, vamos á hacer una breve reseña histórico-legal de esta diversion, tan extendida en nuestro país. No vamos á meterlos ahora en honduras, ni por consiguiente en cuestiones de antigüedades, por averiguar cuándo se introdujeron las máscaras en España: quédese eso para los que andan á caza de añejos, por darse importancia de estudiar los unos, y por un fanatismo anticuario los otros. Basta para nuestro propósito saber que desde muy antiguo acostumbraron tambien nuestros mas remotos ascendientes á hacer exactamente lo mismo que hoy se hace en este particular. La historia de los *cabeceros*, de los *gigantones* y de los *mozarrachos*, como les llaman las Partidas, se pierde en la noche de los tiempos.

Viniendo pues á nuestro intento, la primera disposicion que sobre este asunto hemos encontrado, es una ley de don Carlos y de doña Juana, hecha en las Cortes celebradas en Valladolid en el año de 1525, que es ley 1.^a título 15, libro 13 de la Novísima Recopilacion. De la petición de los procuradores, que es la 76, se desprenden naturalmente dos cosas; primera, que desde antiguo estovo en juego en España la diversion de las máscaras; y segunda, que antes de esta ley á que nos referimos estuvieron tambien prohibidas. Para ello no hay mas que ver el principio de la citada petición: «It. dice, que *nuestros antepasados* en estos reinos traxen máscaras con las cuales muchos hacen grandes males y con ellas se disimulan y encubren, que manda S. V. A. hacer preguntas, so grandes penas, que ninguna persona de noche ni de día traiga las dichas máscaras, salvo en algun juego público ó fiesta pública sin cenar.»

El rey accedió á lo que las Cortes le proponian, mandando que no hubiese enmascarados en el reino, ni fuese ninguna persona disfrazada ni desconocida con otros, so pena de 100 azules al que las llevase de día, si fuese persona baja, y si noble á lazarada, destierro por seis meses de la ciudad, villa ó lugar en que las llevase, siendo doblada la pena cuando la contravencion fuese de noche. La ley, como se ve, no nos dice si en la prohibicion general entraron las máscaras de juegos

públicos ó fiestas públicas, consideradas como fiestas ciudadanas, que quisieran eximir de la proscripcion general las Cortes. Pero en el silencio que sobre este particular guarda la ley, que tan clara y explícitamente las prohíbe, sin distincion ni escepcion alguna, debemos creer que condeó absolutamente todas.

El señor Jovellanos, en su *Memoria sobre la policía de los espectáculos y diversiones públicas, y su origen en España*, cree que esta ley no es aplicable á la fiesta de máscaras, sino que tenia otro objeto más elevado, pues iba encaminada á refrenar los desmanes é insolencias que á la sazón se hacian á la autoridad pública por personas asociadas para ello, que usaban algunas veces de máscaras y disfraces para conseguirlo. En su juicio, no se trató de prohibir los inocentes disfraces de personas reunidas para divertirse en lugares cerrados señalados por el magistrado público y protegidos y velados por él, sino de que los enmascarados vagasen libremente día y noche por las calles y plazas.

Nosotros respetamos tanto como el que mas al ilustrado escritor de que hablamos, pero no estamos conformes con la interpretación que da á la ley. Esta habla en términos muy genéricos y muy terminantes, para que pueda caber duda alguna acerca de su inteligencia y sentido. Prohíbe que haya enmascarados en el reino, y no exceptúa á nadie ni presenta una saltejuela por donde poder hacer la deducción que hizo el señor Jovellanos.

Esta ley, como todas las que se hacen por motivos dados, cayó al cabo de tiempo en desuso, hasta que Felipe V, por decreto de 26 de enero y consiguiente bando de 5 de febrero de 1716, repetido en 12 de enero de 1717, fulminó una terrible proscripcion, no precisamente sobre las máscaras, sino sobre los bailes de máscaras. «En atencion, decía, á que de algunos años á esta parte se han introducido en esta Corte, imitando los Carnavales de otras partes, diferentes bailes con máscaras, mezclándose muchas personas disfrazadas en varios trajes, de que se han seguido innumerables ofensas á la Divina Majestad, etc.» Después de esto preámbulo, que parece inspirado por algunos de los clerizontes que toda su vida dominaron á Felipe V, prohibió á todas las personas de la corte admitir en sus casas gente enmascarada para que con título de Carnaval ó de reunion bailasen, pena de mil ducados á la persona que contraviniere, además de procederse á mas severos castigos, segun la calidad de la persona. (Ley 2.^a, título 1.^o, libros citados.)

Como se ve, no se prohibió en esta ley, ni se renovó la prohibicion de andar con máscaras por las calles: así que, continuó esta costumbre en todo el tiempo que duraba el Carnaval. Viendo esto el austero monarca, quiso cerrar todas las salidas á los aficionados á las máscaras, y lo hizo de una manera que no diese lugar á interpretaciones. Por decreto de 25 de febrero de 1743 (ley 3.^a) prohibió por término general el andar de máscara en la corte ni en las casas particulares durante el Carnaval, pena de cuatro años de presidio al noble y otros tantos de galeras al plebeyo, y á unos y á otros además á brevedad de días de cárcel; se declaró incurso, además de estas penas, en la de mil ducados, á cualquiera que se le justificase haber bailado ó estado en alguna casa con disfraz, sacándose la misma cantidad al dueño ó inquilino de la casa donde se hubiese bailado: si los contraventores eran mujeres, entonces se habia de sacar la mitad de sus bienes; y si no los tuviesen, de los de sus maridos, pagándola por iguales partes, si ambos fuesen cómplices.

La misma multa se imponia al que alquilase casa ó cuarto donde hubiese estos bailes, aunque alegase que no sabia eran para este fin. Con tal fin se dió esta ley, que haciendo abstraccion de todo fuere, es autoridad á los alcaldes de corte para que pudiesen llamar á cualquier casa exenta para reconocer á los que estuviesen con máscaras y disfraces.

Una ley tan liviente, tan despótica, tan absurda, no podia dar mas resultado que el de aturdir momentáneamente, pero no alogar el apago que se habia tomado á esta diversion, recibida con gusto, y abolida con general sentimiento. Así se vió que en casi todos los pueblos, á pesar de la draconiana ley que prohibia las máscaras, se repetian y se toleraban. A fines del siglo pasado y principios del actual puede decirse que solo se cumplia la ley en cuestion en Madrid; y eso que no dejaba de haber sus reuniones particulares: aunque se burlaba la inspeccion de la autoridad, quien por su parte no tenia mas remedio que hacer la vista gorda. La invasión francesa y el desharrapaje que es inseparable de todas las guerras, hicieron que cayesen en desuso esta ley, y volvió el reinado de la carota.

Unlo el rey de su cantidad en Francia, publicó un decreto de fecha 22 de febrero de 1815, en el que renovó las leyes y disposiciones reales prohibitorias de máscaras, combiando muy especialmente su puntual observancia á los juegos encerrados de su ejecucion. Aun así y con todo no se pudo hacer que desapareciese el gozo que los pueblos habian encontrado en esta diversion tan popular, que poco á poco volvió á estar tolerada.

En la segunda época constitucional, es decir, desde el 20 al 25, no se hizo innovación alguna en la materia, permaneciendo las cosas tal y como se encontraban, es decir, formalmente prohibidas las máscaras, á pesar del sistema ámpliamente liberal que se había establecido.

Durante la reacción, desde 1825 hasta principio de la actual era constitucional, es decir, hasta el reinado de doná Isabel II, no hay que decir que en nada se mitigó el rigor de la legislación prohibitiva de las máscaras.

Restablecido el sistema constitucional hácia 1854 y 1858, se desarrolló una utopía extraordinaria á esta diversión, tanto que en aquellos años pueda fijarse la edad de oro de las máscaras. No era utopía; era vértigo lo que se experimentaba; y no solo en Madrid, sino en casi

todas las provincias. Pero se tropezaba con las leyes prohibitivas, y se recurrió al expediente de pedir real licencia que relajase la dureza de de la ley.

Por Real óden de 26 de diciembre de 1855 se dispuso que en lo sucesivo quedasen estas concesiones á cargo y bajo la responsabilidad de los gobernadores civiles, sin que para ello fuese preciso acudir á la autoridad superior; advirtiéndose que los mismos gobernadores podrian convenir con los empresarios agraciados alguna retribución para los establecimientos de beneficencia y de instruccion elemental. Desde entonces nada ha vuelto á disponerse sobre el particular.

En resúmen, las máscaras estan permitidas y toleradas de hecho; pero segun nuestro derecho positivo, se hallan tan prohibidas como se hallaban en 1825. No deja de ser esto un gran adelanto.



(Estatua premiada en la esposicion de Berlin.)

UNA APUESTA.

(Continuación.)

Nuestro siglo ha renegado de este gémito tutelar, y por eso en él todo es pequeño, todo mezquino. Los hombres se aíslan, y el único lazo que los une es el hilo dorado del interés. ¿A qué sacrificio pueden ofrecerse los egoístas sectarios de esta nueva escuela? ¿Qué valor puede existir en sus corazones sibaritas? ¡Ay! Ellos mismos llevan la penitencia en el pecado: la piedad se ha helado en las almas como una fuente en el invierno; y el que muere desesperado, herido en el corazón en la batalla de la vida, vuelve en vano en torno suyo los ojos lágrimosos demandando compasión. Semejante al gladiador moribundo, solo encuentra las miradas de un pueblo egoísta que le pide que al morir conserve una postura voluptuosa, y que aplauda á su vencedor.

Pero este estado no puede durar. El astro de la fe eclipsado volverá á lucir mas refulgente en la próxima edad de la tierra, y nuestros hijos, mas dichosos y mejores que nosotros, disputarán de su benéfico influjo. Todos los buenos corazones tienen este presentimiento, por mas que se sonrían de él sarcásticamente las inteligencias. El mundo no ha oído aun sonar su última hora, y su alelo de vida es la fé. La juventud es su esperanza.

—La juventud! respondió Enrique con desden, fruto podrido en agraz que no madurará nunca. La juventud soy yo, la juventud son mis amigos. ¿Qué se puede esperar de nosotros? Bien dirigidos, quizá hubiésemos hecho algo, porque hubo un tiempo en que yo sentia algo aqui (y señalaba el corazón): como yo lo habrán sentido los demás jóvenes quizá; pero cómo yo tambien habrán sentido morir su virtud y la habrán sobrevivido. Semejantes á aquellas desventuradas mujeres cuyo fruto parece antes de nacer, los jóvenes del siglo caminan con un cadáver en sus entrañas, y este cadáver es su propio corazón.

Y al decir esto, con una expresión que manifestaba el desprecio

que había al mismo sentir, se dejó caer en su lecho, sumergiéndose en sus tristes meditaciones. La voz del padre Clemente vino á sacarle de ellas.

—Se juzga Vd. demasiado severamente, le dijo, y juzga demasiado severamente á los demás. No toda la juventud no ha asistido á las orgías en que Vd. gustaba su salud y en fortuna. Una parte de ellas, á quien nadie veía porque se ocultaba en la sombra, veíala también en aquellas noches de embriaguez sobre arrugados pergaminos buscando los secretos de la ciencia; otra parte acudía al pié de los altares.

—Los necios...

—Los necios el Vd. quiere, pero esos necios hacían algo por su país, mientras Vd. no hacía nada; y día vendrá en que, fatigados los hombres de los gozos de los sentidos, volverán los ojos á los placeres de la inteligencia, los más vivos de todos y los que no se agotan jamás. Este día comenzará de nuevo el reinado de la té. Ese día es el que deseo ver lucir, y después moriré contento.

En este momento la puerta se abrió y entró Angélica vestida sencillamente de blanco, llevando en la mano una taza con una medalla.

—Una señora desea hablar con Vd. y le espera en la sala, dijo el padre Clemente; y acercándose luego á Enrique, le dijo con encantadora gracia infantil:—Aquí está la última toma.

El padre Clemente salió. La señora que le buscaba era Doña Damiata Vallorido, anciana rica y caritativa que consagraba sus últimos años á la caridad, y se valía del pobre clausurado para repartir sus limosnas.

II.

EL PRIMER SUSPIRO DE AMOR.

Cuando el padre Clemente volvió á entrar en la habitación de Enrique, encontró á Angélica con los ojos bañados en lágrimas y la frente rosada, como si recibiera el reflejo de una luz divina. Enrique incorporado en el lecho tenía asida una de las manos de la joven, que esta se olvidaba de retirar, y leía un pequeño libro, encuadrado en tapete y adornado con preciosas láminas. Aquel libro había despertado el alma de Angélica, porque el alma de la mujer nace en brazos de su primer amor; había revelado un mundo desconocido, bello como los de los cuentos de las hadas, y había formulado la palabra de sus sueños no comprendidos.

Hermoso debe ser asistido á este misterio de la naturaleza, en que el alma, como la flor en su primera mañana, exhala su primer suspiro de aroma, en que los párpados se inclinan por vez primera para velar los ojos que destellan una nueva luz. Secreto de la naturaleza casi siempre oculto entre las sombras, no le conoce mas que el ángel de los sueños ó el genio de los amores, que deja caer en el oído de la virgen durante el silencio de la noche la primera palabra apasionada, un pensamiento de vaga voluptuosidad, melodía divina que llega al corazón sin que la perciban los sentidos, de quienes sin embargo revela confusamente la existencia. En aquel momento la mujer coronada de todo en esplendor, hermoza de toda su belleza, debe de dar envidia á los ángeles, debe de someter al mismo Dios! Antes era una estatua bella, una lira muda, una lámpara apagada; ahora la estatua ha cobrado vida; un ángel ha pulsado la lira; la lámpara ha derramado su luz en la oscuridad, y la mujer ha empezado á ser desde que ha empezado á latir el amor en su corazón.

Enrique, que por vez primera asistía á este sagrado misterio de la naturaleza, sintió ante él vibrar en su alma una fibra dormida hacia mucho tiempo, y quebrantada por los tempestuosos huracanes de su vida bacanal. Miró los ojos de Angélica, y los primeros instintos de su juventud se despertaron en su corazón. Volvió á comprender el amor de su primera aurora, y por no momento, arrancando de su memoria su vida de desórdenes, volvió á sentirse puro, inocente y poeta como cuando tenía quince años; la ternura, el último sentimiento de lo bello, no se había zecado; había sido halado en su alma, y volvió á correr á la aproximación del rayo de luz celeste desvelado por los azules ojos de aquella virgen. Pero esto no era mas que un relámpago, una flor que huía entre el cielo con el primer albor de la mañana, para morir antes de que terminara el día. Sentimiento vago, incomprendible casi para aquel libertino que afectaba no creer en los misterios del amor, y que después de pasado traducía el mismo por un sarcástico blasfemo.

El padre Clemente comprendió de una mirada la situación, y se acordó á ver el libro que la había originado; era un tomo inglés de los amores de los ángeles de Tomás Moore, el infiel amigo de Lord Byron que ha robado al mundo sus memorias originales.

Aquel libro de melodía, flor cristiana perfumada con aromas orientales, puede pensarse en un momento de una saeta sin miedo de que arroja en su frente de rubor; pero por eso misma produce en el alma de Angélica una emoción más profunda. En libro donde casi la hubiera

repugnado, y su disgusto hubiera librado á su corazón de todo peligro; pero aquel lenguaje celestial la seducía, y encontraba ecos en las más íntimas fibras de su corazón. La serpiente no habló sin daga á Eva en el lenguaje de algunos de nuestros novelistas, que solo busca a las jóvenes porque sus padres las prohíben leerlos. La seducción es respectiva: lo que para un alma es demasiado puro, corrompe á otra más inocente; y lo que es un incentivo para un alma corrompida, puede dejarse sin temor en manos de una virgen de corazón.

El padre Clemente temió como la paloma que ve al milano lanzarse hacia su nido; fulminó á Enrique una severa mirada que le hizo bajar los ojos, y dijo:—Es un bello libro; así como que el genio ponga á merced de los malos genios una lira que solo le ha sido entregada para cantar las alabanzas de Dios. Embelleciendo sentimientos reprobados, estos poetas trabajan en provecho del ángel de tinieblas, y conducen á las almas á la perdición por un camino de flores. Una doncella debe ignorar la existencia de estos libros.

Enrique y Angélica, que en aquel momento estaban embargados por su emoción, se sintieron confundidos por estas palabras, como nuestros primeros padres al oír la voz de Dios después de su pecado en el jardín de las flores eternas. Angélica inocente temió haber cometido una culpa, y Enrique vió la estinción de la suya. Había arrancado la corona virginal á aquella alma pura, crimen mayor que la seducción física, porque esta al menos tiene por disculpa la pasión. En pesar fué tan profundo, que apenas se atrevió Angélica, dijo:—Yo mismo saldré de aquí.

—Ah! exclamó el padre Clemente enternecido, la virtud en Vd. está adormecida y no muerta: aun puede salvarse su alma y su corazón.

III.

SEDUCCIÓN.

Aquella misma tarde Enrique y Angélica paseaban lentamente por el jardín, y se internaron en una calle de castaños en flor, cuyos troncos verdían jazmines y pasionarias. El padre Clemente, llamado por otros asuntos, y satisfecho por la determinación de Enrique, no había tenido escrúpulo en dejarlos solos. El aire estaba inmóvil y cargado de aromas. Los sentidos se abrían como las flores en aquella aura perfumada y refrescante para beber vida y vigor. El alma se adormecía en la voluptuosa languidez de los ensueños. Era la hora del amor y el cristianismo, las dos religiones de la juventud.

Todo estaba tranquilo. Sobre las lejanas torres de Madrid que á la lejos se distinguían azuladas por la distancia como las rocas seculares de un monte lejano, brillaba aun el sol, semejante á una ascua de fuego bajo su majestuoso pabellón de púrpura y oro flotando en un plátago de luz. Algunos de sus rayos atravesaban estas raras nubes, y se perdían en el limbo azul, como las celestes aspiraciones del alma del poeta que van á perderse y confundirse en el infinito. Los pájaros revoloteaban lanzando agudos gritos en torno de los árboles donde se escondían sus nidos, y oiendo su voz de melodía á la voz de aroma de las flores y á la voz de resplandor de la luz, parecían responder con un coro armonioso á los lejanos ecos de la campana de la ermita que llamaba á la oración de la tarde.

Angélica sentía unirse su alma á este concierto de la naturaleza, estremecida por una ternura extraña semejante á la que produce en la soledad de la noche á orillas de un lago tranquilo la lejana melodía de un sueño de Rosalín. Enrique, menos poeta, la contemplaba estasiado, descubriendo en su rostro animado por los reflejos de un resplandor divino una nueva belleza, la belleza que los pintores poetas han sabido encontrar para sus vírgenes en los tormentos del marino.

Angélica en aquel momento no era una mujer, y se tenía versu alma arrojando como un manto su carne mortal, desplegar sus alas de luz y elevarse en los aires volando á su pátrio cielo.

—¡Cuanto te amo! dijo Enrique fascinado apretándola la mano; que hermosa eres!

—Yo también te amo, respondió Angélica sonriendo con la inocencia con que Eva debió de sonreír á Adán en la primer mañana del mundo; yo también te amo, y quisiera tenerle siempre á mi lado en una soledad como esta, rodeados como aquí de flores y de aves, ignorando del mundo y viviendo el uno para el otro como dos flores de una rama.

Enrique apenas comprendía el sentido de las palabras, halagado por la voz y devorado por sus deseos que rugían dispuestos en su corazón.

Pasó suavemente su brazo alrededor del talle de Angélica, que no opuso resistencia, la atrajo suavemente hacia su corazón, y la selló en sus labios vírgenes sus labios abrasados.

La joven dejó escapar un ligero grito de sorpresa, palideció y le rechazó, quedando trémula y como anonadada por un momento. En segunda su rostro se coloreó de rubor, y sus ojos, que incluyó el corazón destetado un fuego extraño y misterioso. La niña acababa de conocer

el dolor. Aquel beso de fuego, despertando su naturaleza, la había transformado en mujer.

Enrique quiso aun acercarse á ella; pero le rechazó con un gesto y diciéndole con voz convulsa: «Déjame,» huyó precipitadamente hacia la casa.

Enrique se detuvo por un momento sorprendido; pero luego, avergonzado de su arretrato y maliciando su torpeza, corrió detrás de Angélica para pedirle perdón. La jóven se había encerrado en su cuarto. A través de la cerradura Enrique la vió arrojada á los pies de un Crucifijo anegada en lágrimas y orando con fervor.

Aquel cuadro produjo en su alma una emoción profunda. Vió dentro la orilla el abismo de la seducción, y tembló; pero pronto su amor estragado impuso silencio á la conciencia con hipócritas escusas, porque no hay nadie que no sea su mas hipócrita consigo mismo que con los demás. Empezó á trazar en el papel una carta de queja amorosa, un razonamiento apasionado. Por mas que se diga, la razon, durante la tempestad de las pasiones no es mas que un rey constitucional. En cambio el ingenio es en sus manos lo que mas pistola en la sede de un año, un error de muerte, el poder en la locura.

Angélica entre tanto acabó de orar y creyó recogerla en un rincón de su cuarto. ¿Qué poeta podrá decir lo que meditó; qué lira podrá imitar esa primera melodía del amor sensual en un alma virgen que se adormece oyéndola como el niño con la canción de su nodriza que aun no puede comprender?

En medio de su meditación, que insensiblemente se había prolongado en el silencio de la noche, la sorprendió un ruido extraño. Por la abierta ventana había penetrado en su cuarto, arrojada sin duda desde el jardín, un ramillete en cuyo centro veía una carta. Sierte entre flores. Angélica la cogió, y leyó:

«Perdóname, Angélica, perdóname si te he ofendido; mi razon estaba ofuscada y obedecí á un ciego impulso de mi corazón. ¿Pero puede ofenderte jamás un corazón que te ama? La adoración, bajo cualquier forma que se presente, es una adoración, y yo no he hecho mas que adorarte. A haberlo pensado me hubiera contenido; pero era tal el entusiasmo de mi exaltación, que no pude dominarme; y esto mismo abona en mi favor, porque prueba el exceso de mi cariño. ¿No debería mas bien haberme ofendido yo por tu pudor? Si hubieras participado del fuego que me abrasaba como me jurabas en aquel mismo instante, no hubiera huido de mí; como yo, hubiera odiado mal tu grado el impulso de tu corazón, y hubiera caído en mis brazos. Sé que hay muchas personas que te dirán que has obrado bien; personas que hacen consistir la virtud de la mujer en un egoísmo mercantil, y que creen que el deber de una jóven consiste en hacer infeliz á su amante. Estas personas, bajo mil especiosas razones, condenan al desprecio á las jóvenes que mas generosas y mas apasionadas se entregan en brazos de sus amantes sacrificándose en su porvenir, su aprecio social, todo por una caricia: que no ponen á su amor otro precio que el amor, y que cuando se ven abandonadas lloran, no el sacrificio que han hecho, sino el no poderlo hacer de nuevo.

Para seguir el camino de estas personas prudentes hasta no tener corazón. ¿Pensarás tú su fallo? Tú que dices que me amas? ¿No te atreverás á sostener la opinión pública por hacer mi felicidad? ¿Y qué te importa la opinión pública? La verdadera felicidad está en el amor, rayo de luz celeste que fecunda la tierra á través de las nubes de tempestad. El es la segunda alma de la mujer; él la purifica y hace sus labios dignos de recibir el beso de los ángeles, ese beso por el cual muchos de ellos renuncian á su parte de Paraíso. ¿Crees que la virtud te prohíbe amar? No: la virtud te lo ordena; porque la virtud de cada criatura consiste en cumplir su misión, y la misión de la mujer es el amor. ¿Y qué mujer ama mas, la que egoísta se encierra en el círculo de las conveniencias sociales, ó la que se arroja en los brazos de su amante diciéndole: para mí en el mundo no hay mas que un fallo que yo temo, y ese es el tuyo; llevame al cielo ó al infierno; poco me importa con tal de que me lleves tú, y de que mi nombre quede en tu corazón unido al recuerdo de una hora de felicidad? La primera es una mujer de cabeza, la segunda de corazón. A la primera él engañarla y el olvidarla es un mérito; á la segunda una infamia. Si aquella merecía mas en el juicio de los hombres, esta es preferible sin duda en el tribunal de Dios, y de ella es á quien ofreció perdónarla mucho por lo mucho que había amado.

Si, Angélica, si me amas, olvida las preocupaciones sociales; olvidadlo todo para no acordarte sino de mi amor, para sentir en vez de pensar. El hombre y la mujer no son mas que dos ramas de un tronco: cada uno es imperfecto si vive aislado; los dos juntos no hacen mas que un ser, del cual el hombre es la cabeza, la mujer el corazón. Pero si no me amas así, si no te sientes con fuerzas para olvidarlo todo por mí, si no deseas confirmarme todo entero tu destino; si te parece un sacrificio el arrostrar por mí las conveniencias sociales, olvidáme del todo; nuestros corazones no podrán entenderse jamás, y yo no te miraré sino como á una bella estátua, insensible, inanimada y fría.»

Enrique había derramado su corazón en esta carta, su corazón entristido por una moral á su manera, formada entre los vapores de la crepúsculo, en los intermedios de la bacanal al sueño. Angélica leía con una emoción profunda, y sus ideas se confundían en el caos de sus sentimientos. Su razon de niña enamorada era impotente para contrarrestar aquel razonamiento frío y lógico; estrechabase contra él como una aguja oprimida entre las aceradas millos de su jaula. Había no obstante en su corazón alguna cosa, la conciencia quizás, que permanecía inalterable como un escollo entre las olas irritadas. Creía por en su interior una voz que le decía: Permanece pura; no te dejes seducir por las palabras de la serpiente. No sigas el camino de aquellas que desconociendo su propio interés abandonan la religion del amor por la idolatría de los sentidos. En este terreno la última ramera de la plaza pública las vende, porque sabe mas que ellas, y su premio es solo el desprecio y el olvido, mientras que aquella que permanece en la virtud es siempre querida; ella sola puede hacer comprender al hombre que los placeres del alma vienen en delicias á los del cuerpo, y que la ternura del corazón es la perfección del sentimiento, y ella sola por consiguiente, teniendo en su alma mas sensibilidad que su amante, mas poesia, podrá aparecer á sus ojos como de una naturaleza superior como un ángel á quien es preciso adorar de rodillas.

En conciencia de su todo esto á Angélica; pero ella apenas lo entendía, pues la obsesaba el amor que como los licores turba la razon y adormece la memoria. Desconfianza del hombre á la mujer que razonan á todo; cuando no razonan en provecho de su pasión, no saben amar.

Angélica tomó la pluma y escribió:

«Enrique, tienes razon: he sido injusta contigo. De hoy mas me confiaré á tu amor, segura de que no intentaré nada que pueda haberme desgraciada ni indigna de ti. No conozco el mundo ni sus leyes; no sé cómo considerarlo; pero me parece que para todo hombre que se aprecie en algo debe de ser un depósito sagrado la mujer que se confía á la salvaguardia de su honor. Fallar á esta confianza es á mi entender la mayor de las bajezas, porque es fallar á la corazonza del débil que no puede pedir cuentas del perjurio que no se puede vengar.

IV.

FANTASMACORÍA.

Mientras Angélica escribía, un suceso extraño tenia lugar en la casa: un hombre embuzado en una larga capa saltó silenciosamente las espaldas del jardín, se deslizó por una calle de árboles que conducía al peristilo de la casa, subió por la escalera de seta espionando los menores ruidos, llevando en cada mano una pistola armada, y reconoció una por una todas las puertas hasta llegar á la de Angélica, que abrió con una ganza. Todo esto sucedió tan silenciosamente, que se hubiera tomado al desconocido por una sombra.

Angélica, que tenia vuelta la espalda á la puerta, no le sintió entrar, y no quedó poco sorprendida de espanto cuando al acabar de escribir oyó detrás de sí una voz burlona y ronca que decía:—¡Muy bien, muy bien!

La jóven exhaló un grito que el desconocido se apresuró á apagar cubriéndola la boca con la mano, y diciendo:

—Otra voz como esa, y Enrique muere.

La sangre de Angélica se agolpó helada en su corazón, y la voz se heló en su garganta: miró al desconocido con ojos espantados, y su sintético exámen no le tranquilizó, porque el desconocido tenía todo el aspecto de un loco. Su rostro juvenil y hermoso estaba pálido como el de un difunto; sus labios temblaban, y destellaban sus ojos una luz febril. Su voz era ronca y trémula al par, y un observador frío hubiese advertido en él al hombre que arrastrado por una fuerza superior á una acción que le avergüenza y que le repugna, que vive embriagado con el exceso de su propia audacia, fenómeno fácil de observar en las mujeres.

Este hombre se llamaba D. Juan Aguilár, y la fuerza que le impulsaba, Margarita Buendía; ella era la cabeza y él el brazo; ella el juez y él el verdugo. Margarita odiaba á Enrique, porque en un día de locura la arrastró su honor y le arrojó en girones al tino de la plaza, á los sarcasmos de la multitud. La robó el amor de un esposo, y convirtió en la cárcel del tormento el antes pacífico hogar de su familia. Elle había resuelto vengarse, y para conseguirlo armaba al brazo de Aguilár, el mas apasionado de sus adúlteros. La infamia de la acción á que le arrastra á él que tenía un alma tan pura y que no esperaba otro premio que una sonrisa de sus labios adorados, mostraba á qué altura podía haberla colocado empujándola por una senda gloriosa; pero que hombre hay en el mundo de quien, por espacio de un minuto, de una hora, de un día, no haya podido una mujer hacer un héroe? Hay una edad en que todos los sentimientos se cifran en el amor, y en que la mujer amada con solo su deseo nos designa el puesto social que quiere que ocupemos; y hay hombres como Aguilár, para quienes esta

edad no termina sino en la muerte. Los otros hombres, orgullosos de tener el corazón mas endurecido, se burlan de ellos llamándolos niños y locos; pero yo no puedo menos de adorar una locura que se funda en la abnegación y en la ternura.

—¿Quién es Vd.? ¿Que quiere Vd. de mí? preguntó Angélica instintivamente y con voz temblorosa, que indicaba que la misma fuerza de la emoción la impedía desmayarse.

—Nada importa quién soy yo, respondió Aguilar; aquí vengo á preguntár y no á responder; á mandar y no á obedecer. Escucha y calla.

Angélica enmudeció, y siguióse un momento de horrible silencio, como el que muchas veces ocurría en el circo romano entre el mártir y la fiera hambrienta que se preparaba á devorarle. Por fin, habló Aguilar y dijo:—Respóndame como á Dios. ¿Amas á Enrique?

Angélica bajo los ojos ruborizada.

—No se trata aquí de niñerías, murmuró Aguilar, tanto mas grosero, cuanto mas trabajo le costaba el serlo. ¿Amas á Enrique?

—Si, murmuró Angélica con voz conmovida y apenas perceptible.

—Si estuviera en peligro su vida, ¿sacrificarías tu honor y tu amor mismo por salvarle?

—Si, sin vacilar, respondió Angélica con firmeza esta vez, porque la posibilidad de tal sacrificio la hacía comprender la verdadera naturaleza de su amor, todo abnegación y desinterés; pero no obstante tembló como al oír una sentencia de muerte, al oír decir á Aguilar:

—Pues ha llegado el momento de acrisolar ese amor. Enrique morirá al momento si no le sacrificas tu honor y tu amor; vivirá solo si le cedes tu vida.

Seguíose á estas palabras otro intervalo de silencio y ansiedad, en que la jóven sentía brotar el sudor en frias gotas por la raíz de sus cabellos, y en que su propia respiración la ahogaba. Su corazón latía como el de un pájaro en las manos de un niño. No tenía fuerzas para interrogar con la voz, y la hacía solo con miradas sublimes de angustia que hubieran desesperado á un pintor. Por fin dijo Aguilar:

—Oye: un hombre colocado á la cabecera de Enrique espía en este momento su sueño como una venganza aminorada; este hombre no espera mas que una señal de este alibato (y enseñó uno de plata) para descargar un golpe mortal; pero yo permaneceré mudo si haces lo que voy á decirte.

Angélica oía sin pestañear, como si quisiera sorprender las palabras en el movimiento de los labios, y los acentos del desconocido caían uno á uno como gotas de plomo derretido en su corazón. Lo que la pasaba era tan extraordinario al par que tan horrible, que á veces se creía presa de una pesadilla. Su espalda se había helado, y sus ojos no vertían una lágrima. Aguilar continuó:

—Siéntate á esa misma mesa donde escribías tu billete perfumado de amor, y escribe lo que voy á dicitarte:

La jóven obedeció casi instintivamente; pero al intentar escribir, su pulso estaba tan trémulo, que la hubiera sido imposible trazar una letra.

—Serénate, la dijo Aguilar, porque es preciso que la inseguridad de la escritura no denuncie la violencia que te se ha hecho: serénate pronto, porque no tengo tiempo que perder; y si dentro de un cuarto de hora no está escrita la carta, haré la señal.

—¿Pero qué he de escribir? murmuró Angélica con voz apagada.

—Esto, sobre poco mas ó menos, respondió Aguilar presentándola un borrador.

Angélica lo cogió, y vió que decía de este modo:

«Querido Enrique: Siento mucho que el capricho de mi amante me impida seguir representando con Vd. la comedia que tan felizmente había empezado, y en la que tengo el orgulloso placer de haber atontado al D. Juan de nuestro tiempo á pesar de mi corta edad. Sentiré que cause á Vd. algún disgusto mi marcha; pero en deudas de amor, aunque no sea esta la costumbre, yo prefiero siempre al primer acreedor, y mi primer amante exige que le siga. Adios, y gracias por la diversion que me ha proporcionado. No hubiera creído hallar nunca en Vd. tanta alicion á las melodías platónicas.—ANGÉLICA.»

—Pero ¿qué va á creer de mí? exclamó la jóven deshecha en lágrimas, que por fortuna suya había por fin encontrado su dolor.

—Que eres una mujer tan astuta como otras muchas, y que le has engañado, respondió Aguilar con la helada calma de un juez de Venecia.

—Yo no escribiré esto jamás, exclamó Angélica.

Aguilar llevó lentamente el alibato á sus labios.

—No, ¡por Dios! gritó Angélica lanzándose á detenerle; escribiré, escribiré.

(Continuará.)

PABLO GAMBARA.

LA INVENCION DEL CIRCULO.

FABULA.

El caso lo casa quiere,
Dice un ajeño refrán,
Cuya fecha se refiere
Al tiempo del padre Adán.

El cual, así que pensó

Casar á Cain y Abel,

Fabricarse les mandó

Casa en que vivir sin él.

Labrar su nueva morada

Fue pues á entrambos preciso:

Cain la trazó cuadrada,

Y Abel redonda la quiso.

Cuando este necesitó

Señalar el redondel,

Un par de estacas ató

Á las puntas de un cordel.

Una clavó en el solar,

Y llevando otra en la mano,

Tiró, y se puso á rayar

Con ella en el piso llano.

Dando la vuelta en efecto,

Y haciendo la raya así,

Recien nacido y perfecto

Resultó el círculo allí.

Con harta razon ufano

Abel de su operacion:

«Mira, le dijo á su hermano,

¡Qué áfortunada invencion!»

Cain replicó envidioso:

«No me parece maleja;

Pero no estés orgulloso

De una traza que es ya vieja.»

—«Pues nadie me la enseñó;

Es mia, segun discurrí.»

—«No señor, que ya la usó

Primero que tú mi burro.

Para domarle, le eché

Al cuello un largo ramal,

Le até á un árbol, y zurré

De firme al torpe animal.

Y corriendo él en redondo

Aquel y otro y otro día,

Un rastro dejó bien hondo

Abierto donde corria.

Aquel rastro en buen derecho

Del círculo origen es,

Por tí con las manos hecho,

Por el asno con los pies.»

Tal vez un crítico salta

Diciendo que el rasgo tal

Tiene contra sí la falta

De ser poco original.

Y buscando al pensamiento

Su principio, suele al fin

Ser hallazgo de un jumento,

Semejante al de Cain.

JOAN E. HARTZENBUSCH.

JEROGLIFICO.

1



ni



RA.

Director y propietario, D. Angel Fernández de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO, á cargo de D. G. Alhambra.